

agazapado en su nido siente la aproximación de la culebra aun antes de haberla visto, y no pudiendo escaparse de su fascinación, aletea dando pequeños gritos quejumbrosos. Las miradas de Matifay, ardientes como hierros candentes, repugnantes como un insulto, no hicieron ni aun estremecer la blanca espalda, el casto pecho que desnudaban. La sonrisa no dejó un solo instante esos labios cándidos que desfloraban. Entregada enteramente á las alegrías desconocidas que por primera vez le eran reveladas, Cipriana escuchaba, suspendida de su voz, los dulces coloquios de la señora de Monte-Cristo. Con la mano en la mano de su madre, se sentía completamente, profundamente feliz, tan feliz, que se ponía mas bella aun, de lo que el vizconde de la Cruz se sorprendía diciendo :

— Señor, ¿es posible ser tan bella sin habitar un paraíso?

De repente, Matifay se estremeció como sobresaltado, una mano se había colocado sobre sus hombros.

— ¡Hein! señor baron, le murmuraba al oído la voz zumbona del coronel Fritz, ¿no es verdad que es bellísima vuestra desposada?

— ¡Mi desposada! ¡mi desposada! gruñó el baron.

— Vuestra desposada desde mañana, replicó friamente el coronel, y vuestra esposa dentro de quince días. Pero venid, estamos mal aquí para hablar, y es menester no obstante que os hable.

El banquero hizo una señal de condescendencia, y entrambos se dirigieron á través de los grupos hacia un pequeño salon en forma de rotunda, aislado entre los salones de juego y los salones de baile, una especie de enrejada abierta por todas partes, por donde todo el mundo pasaba, pero donde por consiguiente nadie se detenía.

En este momento la señora de Monte-Cristo hizo una señal con su abanico casi imperceptible y lanzó al vizconde de la Cruz una mirada que comprendió sin duda, pues se adelantó en seguida con presteza hacia las tres señoras. La señora de Monte-Cristo le presentó, despues de lo cual el vizconde solicitó una cuadrilla que, con una sonrisa aprobadora de la señora de Puysaie, fué en seguida otorgada.

Pero la señora de Monte-Cristo no lo entendía así. — ¡No! ¡no! dijo riéndose, yo soy un poco tambien esta noche la tutora de nuestra bella Cipriana, y todavía no he acabado su educación, á pesar de tener tanto talento como un ángel; será solamente para la tercera.

El vizconde de la Cruz se inclinó.

— Para la tercera, sea, murmuró. Él y la señora de Monte-Cristo habían cambiado durante este corto diálogo una rápida mirada que sin duda les había bastado para comprenderse, pues con un gesto de asentimiento, el vizconde se dirigió en seguida hacia los salones de juego, y, desde este momento, la señora de Monte-Cristo, algo inquieta y distraída antes, se puso mas atenta y mas amable que nunca.

III

EL CUADERNO AZUL.

Tú te acuerdas sin duda, querida mia, de la hermana Santa Gertrudis, que dirigía la clase de francés en el convento. Cuando no habíamos terminado nuestro deber, era un negocio tremendo. Lo buscábamos en los cartones, en los cuadernos, por do quiera donde sabíamos perfectamente que no lo encontraríamos. Entonces ella, con su voz indulgente :

— Confesemos nuestro *meâ culpâ*, señorita, confesemos nuestro *meâ culpâ*.

Al fin, lo hacíamos así, y la buena hermana nos perdonaba.

Yo he confesado mi *meâ culpâ*, Ursula, y estoy segura de que tú tambien me perdonarás.

Es verdad que estoy hace ocho días en París, desde hace ocho días el pequeño cuaderno que tú me diste está sobre la mesa, una mesa lindísima embutida de concha; desde hace ocho días, cada mañana hago propósito de borrar una página á tu intencion, y la página queda siempre en blanco.

Pero hoy he tomado una gran resolución. Mi padre está en el casino, mamá haciendo visitas, y me aprovecho de esta circunstancia para conversar largamente contigo.

¡Contigo! ¡ay de mí! ¿dónde estás, mi querida Blanquita? No lo sé. Pero una tierna superstición me hace creer que estas líneas te son reveladas en este instante mismo en que las escribo. Separadas, estamos siempre juntas, y mi alma está tan ligada á la tuya, que no puede suederme nada, dolor ó alegría, sin que tú sientas inmediatamente las mismas sensaciones.

Empecemos desde luego por el primer día.

Cuando me encontré en el interior del carruaje, enteramente sola con mi padre, y que asomándome á la ventanilla del coche, no pude ver tu querido rostro, me sentí muy triste y muy contrariada. M. de Puysaie, á quien no llamaba todavía sino «señor», se mostró conmigo con una amabilidad muy cumplida. Pero esta misma amabilidad *tan cumplida* era precisamente lo que me molestaba; hubiérase dicho que era para él una persona extraña, de su clase, es verdad, pero no obstante una persona extraña. Tenía conmigo toda clase de precauciones exquisitas: ¿no tenía yo demasiado calor? ¿no demasiado frío?

¿Deseaba yo comer aquí ó allá? Aunque hubiese sido el caballero sirviente de una princesa viajante, no se habría mostrado mas minucioso en guardar la etiqueta que los hombres de su educación observan siempre con una señora. Te confieso que hubiese preferido cien veces un buen beso en la frente, pero yo no me atrevía á saltarle al cuello y gritarle con todas mis fuerzas: ¡Papá, no soy señorita, sino Cipriana sencillamente! A todas sus preguntas yo respondía

gravemente: Como queráis, señor, ó: Como os agrade. Ha debido evidentemente tomarme por una tonta: ¡tanto peor para él!

En fin, fatigada de verme así á solas con él, acabé por hacer como que me quedaba dormida; yo creo que él se apercebió de esta pequeña pantomima y que me lo agradeció, — yo me enojé. Se puso á su gusto y se extendió en su rincón á sus anchas, yo le miraba por lo bajo, y me figuró que él me miraba lo mismo. ¿Sabes que es encantador mi padre, cuando quiere serlo? Solamente que á los lados de la boca tiene unas arrugas que no me placen. Tampoco me agrada su tono burlesco; tiene la traza de reírse él mismo de lo que dice, y antes que yo estuviera acostumbrada, eso me molestaba mucho, porque creía que era de mí de quien se burlaba.

En el camino tardamos dos días, viajábamos á pequeñas jornadas para no fatigarme. Cuando entramos en París, tuve un gran latido de corazón. — ¡Es este pues París! exclamé, y me incliné al ventanillo, pero no veía mas que largas calles estrechas, fangosas, llenas de gente. Mi padre, esta vez, no pudo contenerse; dió una gran carcajada.

— No os inclineis así, Cipriana, van á creer que sois una provinciana.

— Pero, señor, ¿acáso no lo soy en efecto?

Se puso súbitamente muy serio, una nube veló su cara inteligente, y me apercebí que había dicho una tontería.

— Será menester olvidar vuestro convento... Si, vuestra juventud ha sido quizás algo solitaria, — algo abandonada... ¿No es eso lo que habeis querido hacerme comprender?

— ¡Oh! no ciertamente, señor. Era muy feliz en el convento, pero estoy segura de que lo seré todavía mas cerca de vosotros...

Esta vez le salté al cuello y se dejó hacer sin demasiado mal humor.

— ¡Bien, bien! murmuró apartándose suavemente. Sois una encantadora provinciana, y estoy seguro que la parisiense nos hará honor.

Entretanto el carruaje caminaba siempre.

— Ya estamos en la calle de Varenne, dijo mi padre. — Sacó su reloj. — Son las diez, vuestra madre debe esperarnos en el palacio.

Esta palabra: «Vuestra madre», me removió el corazón, toda mi sangre circuló con violencia. Era la primera vez que mi padre la pronunciaba delante de mí. Pero antes que yo hubiese podido reponerme de mi turbación, una pesada puerta cochera se abrió, el coche entró en un vasto patio enlosado, y se detuvo delante del pabellon con cristales de unas gradas, y un lacayo con gran librea se adelantó á abrir la portezuela del coche.

— ¿Está en su cuarto la señora? preguntó M. de Puysaie; y sin esperar la respuesta, entró en el vestíbulo gritándome: — ¡Venid, Cipriana, venid pronto!

Yo me sentí el corazón muy oprimido al ver que mi madre no venía á mi encuentro. Me parecía que hubiera debido salir á recibirme. ¡Oh! ¡qué prisa tenía de arrojarme á sus brazos, de verla y abrazarla! Ella no experimentaba la misma impaciencia, sin duda. ¡Ay de mí! ¡jamás me había de-

seado, jamás amado! Esta idea me dió un escalofrío, y pálida, vacilante, temblorosa, subía detrás de mi padre las gradas de una estrecha escalera claveteada. Despues giró en sus goznes silenciosamente una puertecilla, y percibí una señora, en pié, de codos en el apoyo de una chimenea de mármol blanco.

— Señora, dijo mi padre, aquí teneis á vuestra hija Cipriana.

Entonces solamente levantó la cabeza, y volvió hacia mi su dulce, su pálido rostro. ¡Oh! mi querida Ursula, ¡qué alegría! Lloraba, me tendía sus brazos, y yo me arrojé á ellos sollozando.

Mi padre iba y venía á través del pequeño salon con aire agitado.

— Está bien, dijo con tono seco, casi duro; tendreis todo el tiempo de abrazaros otra vez; por el momento, lo mas apremiante es hacer comer á esta niña, desnudarla y acostarla; debe estar muerta de cansancio.

Yo iba á protestar, pero una mirada de mi madre, una mirada suplicante me contuvo.

— Como queráis, Loredano. El cuarto de Cipriana está en orden, y si deseais conducirla vos mismo...

Mi padre hizo un ademán como avergonzado de su mal humor, y contestó:

— No, Hortensia, vos desempeñareis todos esos cuidados mejor que yo lo haría. Vos conocéis nuestras intenciones sobre Cipriana, preparadla á hacer su deber como buena hija. No es necia ni poco ni mucho, os lo aseguro, y cuando esté vestida de otro modo, se hará muy presentable.

Hablando así, había apoyado un dedo sobre un timbre.

Un lacayo entró.

— ¿Mis cartas? preguntó M. de Puysaie.

Cuando el lacayo las trajo en una salvilla de plata, mi padre examinó los sobres dando un vistazo rápido, y escogiendo una de ellas cuyo sello rompió, añadió con alegría:

— Mirad, precisamente una carta del coronel. Parece que ese querido Matifay se impacienta. Es probable que comeré en el casino; así tendreis tiempo para daros muchos abrazos.

Y añadió besándome en la frente:

— Hasta la vista, señorita parisiense.

Cuando quedamos solas, mi madre y yo, volví á comenzar á llorar como una tonta: eso me aliviaba. Ella me hizo sentar á su lado, y cogiendo mis manos en las suyas, no pudiendo cansarse de mirarme y abrazarme, ella tambien lloraba. ¡Cómo me arrepentía yo de haber dudado! ¡ella! ¡no amarme!... ¡Oh! ¡Ursula, si supieses!... ¡jamás sabrás tú, pobre querida amiga!... ¡tú eres huérfana, tú tienes la desgracia de ser huérfana! — Yo tambien lo he sido; pero solamente es hoy, solamente á esta hora es cuando conozco la grandeza de semejante infortunio. Una madre, Ursula, es una otra si misma, es un corazón que late á la par, ojos que lloran cuando los vuestros se humedecen, un labio que sonríe tan pronto como os sonreís, y con eso una dulzura, una indulgencia sincera y protectora, una confianza que os llena el alma. Mira, un poco de lo que sentimos por la Santa

Virgen, pero con mas ternura y menos veneracion. La veneracion, mira, Ursula, es siempre mas fria; cuando iba á confesar mis faltas á María, tenía un poco de miedo que ella no me las perdonara; mi madre, estoy segura que ella seria la primera, aun queriendo regañarme, en excusarme y en buscar un mérito hasta en mi falta.

Cuando hubimos pasado mucho tiempo, que voló en un segundo, en llorar, en mirarnos y en abrazarnos:

— Ahora, Cipriana, me dijo mi madre, es menester que os enseñe vuestro cuarto.

— ¡Oh! mi Blanquita, no hemos soñado jamás nada mas fresco, ni mas bonito, ni mas simplemente galan. Mi madre se sonreía de mi éxtasis, y de mis admiraciones y de mis gracias. ¡Ah! es que ella comprendía bien que este agradecimiento no se dirigía á esos nada bonitos y costosos que se encuentran por dinero en casa del primer tapicero, sino, sobre todo, al arreglo lleno de solicitud que había presidido; hubiérase dicho que la persona que había dirigido estos arreglos, que había previsto todas mis necesidades, todos mis gustos, todos mis caprichos, había adivinado hasta los matices de telas que mas me gustaban, y en fin, ¿cuál no fué mi alegría cuando, abriendo una puerta en la ensambladura, me hizo descender una escalera de servicio que conducía á mi jardincito? Si, Ursula, mi jardin, ó mas bien, á nuestro jardin, el de mi madre y el mio... y tú comprenderas, en fin, la exquisita y delicada prevision de esta querida madre, cuando te haya dicho que este jardin se compone meramente de una grande alameda de tilos y castaños como en el convento. Mi madre ha querido hacerme creer que la casualidad sola había hecho esta semejanza; pero yo la he demostrado que no era juguete de su mentirilla, designándola con el dedo la barrera enteramente nueva que se ha levantado con intencion de complacerme entre el jardin del palacio y el mio.

En el momento en que te escribo estas líneas, mi ventana está abierta. El aire embalsama. Los grandes castaños balancean hasta el apoyo de mi balcon sus penachos blancos y morados. Héme aquí de pié, apoyados los codos en la barandilla, y mirando á través de las ramas los juegos de la luz lunar sobre el suelo enarenado de la alameda. — Entonces... entonces pienso en tí. Estamos todavía en B... Me parece oír sobre la yerba el ruido de tu vestido blanco. — Pero me vuelvo y me encuentro en un nido de raso recamado con flores blancas, los piés desnudos, y hundidos en el vellon sedoso de una alfombra; la luz de la lámpara juega discretamente en el negro brillante de las lacas y facetas de los cristales; el palacio reemplaza á la celda, y entonces, querida mia, miro alternativamente estos dos objetos tan diferentes que me recuerdan todo lo que amo; pues esta alameda, es el convento, es decir, tú misma, y este retrete tan lindo, á mi madre solo lo debo, y entonces de verme tan amada, suspiro tambien un poco de no poder reunir en realidad cerca de mi estos dos amores, tan fácilmente como la tierna prevision de mi madre ha reunido su imagen, haciendo cerrar á mi intencion este rincon monástico del jardin.

— ¿Creeis, Cipriana, que os agrada vivir aquí?

— ¿Si me agrada? Mi respuesta, tú lo adivinas, no se hizo esperar largo tiempo.

— ¿Y nos amareis? preguntó mirándome fijamente con sus grandes ojos negros... Sí, prosiguió despues de un corto instante de silencio, veo que nos amarás, y sin embargo, pobre hija, ¡cuánto mal no os hemos hecho! ¡Cuánto no os haremos quizás aun!

Esta melancolia pasó pronto. A la mitad de la comida, no aparecía ya nada. Una verdadera comidita de pensionista, tan alegre, tan loca, como hubiéramos podido hacerla juntas. Las madres tienen todavia esa gracia, Ursula, la de rejuvenecerse á su antojo. Cuando una madre ama bien, se hace niña si es menester mecer á su hija; muchachuela si es menester divertirla; jóven si es necesario hacerla sonreír; una madre tiene siempre la edad de su hija.

Despues de comer solamente volvió á ponerse no triste, pero seria; me presentó á Postel, mi doncella, pero por la forma solamente, pues declaró que me serviría sola aquella noche; y cuando me acosté, vino á sentarse al pié de mi cama.

— Cipriana, me dijo gravemente, todavia no hemos hablado de vuestro padre. ¿Qué pensais de él?

— Pienso, mamá, que le respeto mucho y que le amo lo mas que puedo.

— Teneis razon, Cipriana, continuó mi madre, amadle mucho para que él os ame un poco, y respetadle aun mas, pues es una de esas naturalezas las mas nobles que os sea dado quizás encontrar nunca. Si descubris en él algunos defectos, y segun lo lista que sois, seguro que descubriréis muchos, no os apresureis á condenarle ni aun á juzgarle: ¿quién sabe si el juicio y la sentencia que pronuncieis no recaerian quizás sobre la cabeza de otra que tal vez os interese de mas cerca? — Obedeced en todo á M. de Puysaie, hija mia, porque es verdaderamente, es doblemente el árbitro de vuestra suerte. Tiene el derecho de decidir de ella, puesto que es vuestro padre; y lo tiene tambien porque hace largo tiempo yo cedí y puse voluntariamente entre sus manos toda la autoridad que podia tener sobre vos. No quiero, no debo mandaros nada, ¡yo! no quiero mas que ser...

Se detuvo bruscamente y prosiguió:

— No quiero mas que ser amada de vos.

Hé aquí donde estaba este misterio cuya existencia habíamos adivinado vagamente en el convento. Este misterio estaba entre mi madre y M. de Puysaie. ¡Ah! ¿podía yo desear solamente ser juez entre ellos? No; valía mas que yo ignorase siempre si alguna discordia había podido deslizarse en su union. ¿No es para mí un deber mas natural y mas dulce tratar de acercarlos uno á otro haciéndome amar de ambos á dos? Para mi madre, era ya bastante. Para mi padre, tengo la inocente coquetería de creer que esto no será imposible. Me he prometido pues muy callandito hacer el sitio en regla para conquistarle; y para eso le obedeceré en todo hasta que llegue la hora en que... á su vez... será él quien me obedezca.

En el momento en que mi madre iba á retirarse, oímos golpear despacito en la puerta que fué á abrir.

— ¡Sois vos! exclamó estupefacta.

— ¿Se puede entrar? preguntó la voz de mi padre. ¡Cómo! ¡ya en la cama! Tanto peor, rompo la consigna; puedo tenerla durante un minuto, puesto que vos la habeis tenido durante toda la velada.

Mi madre se manifestaba pasmada, asustada, confusa, agradecida; — había de todas esas cosas en la expresion de su gesto y de su mirada, y no pudo encontrar bastante calma para responderle.

— Al fin y al cabo, continuó mi padre, es mi hija como la vuestra, ¿no es verdad? y vino á sentarse á la cabecera de mi cama. ¡Y bien! ¿os encontrais bien aquí? Mejor que en vuestro convento, imagino. ¿Cómo vamos á gobernarnos, señora, para hacerle olvidar á sus religiosas? ¿La costurera vendrá presto sin duda?

— Desde mañana, respondió mi madre.

— ¡Sea enhorabuena! exclamó M. de Puysaie. Oye, Cipriana, en el convento es bueno ser bonita como los ángeles, pero en París es preciso ser bella como el diablo, permaneciendo ángel en cuanto sea posible, se entiende.

Habló así largo tiempo y con mucha animacion en tono muy afectuoso, pero demasiado ligero en mi concepto; yo prefería mejor la languidez de mi madre á estas galanterías.

En fin, notó que mis ojos se cerraban, y se retiró con mamá. Yo estaba ya medio dormida, y las palabras de M. de Puysaie me zumbaban todavia en mi cabeza.

«¿Cómo nos arreglaremos para hacerle olvidar el convento?»

Entonces solamente pensé que lo había ya olvidado en efecto. No había rezado mi oracion. Salté de la cama, me arrodillé sobre el tapiz y rogué por tí, Ursula, por las buenas hermanas de allí abajo, por mi madre, tan melancólica, por mi padre, y ¡ay de mí! tambien por mí misma, pues, á esta hora, que estaba sola en un cuarto desconocido y sombrío, sentía toda clase de aprensiones tristes volar en la noche como murciélagos.

— ¡Ah! dije al volverme á acostar y meneando la cabeza, será para mí una desgracia el haber olvidado, la misma noche en que vuelvo por primera vez á la casa paterna, dar gracias á Dios Nuestro Señor.

IV

EL MAS HONRADO Y EL MAS RICO DE FRANCIA.

(EL CUADERNO AZUL.)

Quien me despertó al dia siguiente por la mañana fué Postel. En el momento en que abrí los ojos, ya ella iba y venía á través del cuarto, poniendo todo en orden, sin hacer mas ruido que una sombra. Ella me creía dormida todavia

y yo me aprovechaba de su error para examinarla á mi gusto. Me agradó mucho. Es una mujer pequeña, de unos cuarenta años próximamente, activa como una ardilla, diestra como una hada. Pero lo que mas me atrajo hacia ella es que tiene una apariencia enteramente buena, y he sabido despues, por mamá, que no es solamente la apariencia lo que ella tiene. Su vida hasta ahora, segun parece, fué muy desgraciada; pero como mamá me prohibió absolutamente hacerle nunca la menor pregunta acerca de esto, por temor de entristecer á mi pobre Postel, me guardo bien de hacerlo.

Di un pequeño suspiro para mostrar que estaba despierta, y Postel acudió corriendo:

— ¿Tiene la señorita necesidad de alguna cosa? ¿Quiere la señorita levantarse, es menester que abra las cortinas?

La señorita saltó de la cama sobre la alfombra ágilmente, como en el convento, y sin tantas ceremonias se vistió ella misma. Sin embargo, fué menester peinarla, en lo cual era Postel muy diestra. Mientras me peinaba, la buena mujer me hablaba de mamá, y era preciso oír todo el bien que de ella decía.

— La señora es una santa, un ángel de Dios; ¡todo el mundo adora, respeta y venera á la señora!...

Tú comprendes el placer que me causaba Postel hablando de esta manera; aun me agradó mas cuando supe cuanto amaba á mamá.

Apenas estaba vestida cuando llamaron á la puerta con discrecion. Postel salió y entró casi en seguida.

— El señor conde envía á preguntar si la señorita puede recibirle, y espera á la señorita en el salon.

Fui allá corriendo y encontré á mi padre en pié delante de la ventana, y mirando no sé qué á través de las vidrieras. Al ruido de mi vestido se volvió; su frente estaba singularmente arrugada y su mirada preocupada. Pero todo se aclaró á mi vista y vi reaparecer la sonrisa de la vispera, esa sonrisa tan amable, en cuyo fondo hay siempre no sé qué pliegue desagradable é irónico.

— ¡Buenos dias, Cipriana! dijo adelantándose hacia mí con los brazos abiertos. Vengo á pedir os un desayuno. ¿Me quereis por convidado?

— Sin duda, señor, si es vuestro deseo.

Mi padre llamó y Postel acudió con el almuerzo en una bandeja, — un verdadero almuerzo matutino, — leche, bollos y chocolate en tazas de viejo Sevres.

Postel puso la bandeja sobre el velador y esperó.

— Vamos á hacer la comidilla, dijo mi padre riéndose, y nosotros mismos nos serviremos, ó yo os serviré solo, porque tengo que hablaros.

Esta frase se dirigía menos á mí que á Postel, que salió haciendo una reverencia.

— Mi querida Cipriana, continuó mi padre luego que salió Postel, os encontrais trasportada de repente á un mundo que no conocéis en nada, y me es necesario prepararos á esta prueba de manera que podais soportarla sin demasiada rudeza.